

CAPÍTULO X

FELICIDAD POPULAR

Es una verdad de todos admitida que el fin primario de la humana sociedad no es otro que asegurar á los individuos que la componen la asecuración de su felicidad. Los padres de nuestra República Norteamericana enunciaron ya este principio como fundamento y sostén de todo orden social; pero mucho antes que ellos lo proclamó la Iglesia católica, y en su defensa y planteamiento escribió una de las páginas más brillantes de su brillantísima historia. Nadie á quien guíe la buena fe podrá negar al Catolicismo la gloria de haber llevado á cabo la alta misión de labrar la felicidad de los pueblos, de haberles dado tal forma de civilización que garantice el mayor grado de prosperidad al mayor número de individuos posible: debiéndose atribuir el secreto de esta mágica influencia al poder sobrenatural que le asiste de unificar y fundir en uno los antagonismos más encontrados de raza y condición social.

Sí; entre los acontecimientos más sorprendentes que registra la Historia debe contarse la transformación del mundo pagano en la nueva civilización que sobre sus ruinas levantara el Cristianismo. Pero la grandeza é importancia de este hecho sube de punto si se considera que la Religión del Crucificado supo convertir á sus seguidores en hermanos, é inspirarles sentimientos de la más íntima fraternidad é igualdad, á pesar de múltiples y necesarias desigualdades físicas, intelectuales y morales. Y esta igualdad se plantea, no rebajando á las clases elevadas, sino levantando á las inferiores; no estableciendo la autoridad sobre la fuerza bruta, apoyada por bayonetas ó mayorías anónimas y sin conciencia, sino inspirando sentimientos de justicia y lega-

lidad; no degradando la obediencia, hasta trocarla en sumisión servil, sino ennobleciéndola hasta convertirla en una virtud que todo hombre libre debe conservar como el baluarte y salvaguardia de sus más preciadas libertades.

Cuanto esta doctrina de solidaridad humana sea desconocida en una sociedad, tanto el nivel de civilización estará en ella más bajo, y tanto más se alejará del prototipo ideal á que la Iglesia católica en todos tiempos ha aspirado: de aquel estado en el que cada individuo, según su esfera, no sólo ejercita libre de trabas los derechos que le son inalienables, de tender hacia su felicidad, sino que aun es ayudado en esta misma tendencia por el concurso de sus hermanos cristianos. Y como el espíritu de Jesucristo dista mucho de cifrar la ventura del hombre exclusiva y primariamente en el goce de ningún bien criado, de ahí el que los pueblos vaciados en los moldes del Catolicismo manifiesten mayor indiferencia, aunque no desprecio, por el acumulamiento de riquezas y comodidades corporales, formando chocante contraste con esa ansia febril de dinero y enervantes placeres, que constituye la característica poco honrosa, de las Naciones educadas en la escuela del Protestantismo.

Y porque los católicos se dan por contentos y satisfechos con una medianía y moderación de bienes temporales, motéjaseles de retrógrados, olvidando al lanzar semejante acusación que el fin primario de la sociedad es hacer virtuosos y prósperos á la colectividad de ciudadanos, no amontonar riquezas y privilegios sobre unas cuantas individualidades; en una palabra, hacer que el dividendo de felicidad que se posee quede dividido por el divisor mayor que sea dable. Este sistema político podría formularse: «La mayoría de los ciudadanos no han de ser ni muy ricos ni muy pobres. La estabilidad de los Estados se halla en razón directa del número de fortunas medianas.»

La prueba más convincente en abono de esta doctrina nos la suministra la Historia, demostrándonos que hasta la desastrosa revolución de la Reforma no se conocía en Europa el Pauperismo, ni había sido preciso fundar ninguna de esas instituciones á que más tarde se ha apelado para sanar esta llaga social. La palabra «pobre,» en la acepción que hoy se le da, ó sea «el Pauperismo,» debe su introducción en los modernos idiomas al Protestantismo.

Cuantos hayan leído el afamado poema *The Deserted Village*

(*La aldea abandonada*), de Goldsmith, no habrán podido menos de deleitarse con el aroma de felicidad que se respira en aquellas descripciones tan encantadoras de la vida del pueblo, que no son sino un vivo retrato de la Inglaterra anterior á Enrique VIII. Aquella idílica, *Auburn*,

... El más risueño hogar de todo el valle
Do la salud y la abundancia olean
Del labrador la sudorosa frente;
Do la florida primavera paga
Su primera visita; do el otoño
Aun flores lacias al partirse deja...

no es más que un modelo que nos presenta el tipo general de las aldeas inglesas:

«Moradas de la dicha y la inocencia.»

Y eso eran, en realidad, mientras el Catolicismo las cubrió con su manto protector. Pero vino la Reforma, trayendo no sólo una nueva religión, sino también un nuevo orden social de puro progreso material; y aquellas gentes, hasta entonces alimentadas por la fertilidad de la Madre tierra, se encontraron de la noche á la mañana despiadadamente despojadas de sus pequeñas pero suficientes posesiones, y con ellas también de los sencillos y naturales goces que les proporcionaban el arraigado apego á su pueblo natal y á su hogar, y la compañía simpática y cordial de íntimos amigos de la infancia. Con esto solo podían cantar y reír, como nos dice el poeta. Pero cuando la nueva secta excitó ese amor desmesurado de riqueza; esa hambre de goce material, el alegre y risueño aldeano se cambió en el melancólico mendigo á quien el hambre

Á latigazos de sus lares lanza
Y desdeñoso le hunde en tumba innoble.

Dejamos de traducir una larga y sentida descripción en que pinta Goldsmith el miserable estado á que se vió reducido aquel pueblo, un tiempo tan envidiable, para señalar los frutos que en la nueva era se cosecharon. Fueron éstos el Pauperismo, la esclavitud de fábricas y minas, el crimen, la prostitución y el destierro voluntario.

¡Razón tiene para estallar de indignación y de pena el corazón del poeta ante la vista de tan doloroso cuadro!

No es extraño ya que Guillermo Cobbett, el escritor protestante tan conocido por su entereza incorruptible, nos diga «que la Reforma fué una devastación general de Inglaterra, en aquella época el país más feliz que tal vez había en el mundo.» ¡¡Como tampoco hoy habrá otro de mayor miseria y degradación, según habrá podido verse con sólo hojear este librito!

La civilización católica dirige preferentes cuidados á mantener inmovible y sobre sólidas bases la vida de familia, fundamento sobre que ha de descansar la felicidad popular. Mientras la justicia y la caridad no presidan el orden social, mientras no se distribuyan suficientemente los medios de subsistencia que han de conservar el calor y mantener el encanto de la vida del hogar, será deseo irrealizable el aspirar á la prosperidad de una nación ó comunidad civil. Como el ave tiene su nido, y la fiera su guarida, y la culebra su cueva, así también el hombre debe tener su casa; un palmo de terreno que pueda llamar suyo y sea el centro en torno del cual giren sus cuidados y sus amores. Por eso el Catolicismo ha impreso un sello indeleble de santidad sobre la familia, y aun la morada en que ella habita ha sido consagrada con oraciones propias y un rito peculiar.

Directamente opuesto es el objetivo á que tiende la civilización anticatólica: deshacer la divina institución de la familia; profanar y degradar la santidad del hogar; y hacer prácticamente imposible la vida doméstica, sobre todo en las grandes ciudades (1). ¡Oh! Si Goldsmith viviera en nuestros días, ¡cuán patética y sentidamente expresaría su musa aquellas ideas que con tanta verdad escribió la prosa de Ruskin!

(1) En la desaparición de la vida de familia ha influido muy principalmente una causa de que el autor nada dice, y es el trabajo de las mujeres en las fábricas. El número de las que en estos trabajos se ocupan es grandísimo. En 1847 se empleaban en los telares de Inglaterra 544.876 personas, de las cuales eran mujeres ó niños menores de diez y ocho años 363.796. En las fábricas de tejidos de Suiza trabajaban en 1882 unos 85.703, de los que eran mujeres ó niños 58.214. (*Schweizer Fabrik statistik*, Berna, 1883.)—La misma industria ocupaba en Alemania el año 1881 á 122.180 mujeres, cuya edad era de doce á veintisiete años.

«Aunque le ensordece el ruido de las máquinas hiladoras y el estrépito de los telares, nuestro pueblo no tiene vestidos; aunque se halla ennegrecido de carbón, tiembla de frío; aunque siega millones de fanegas de trigo, muere de hambre, por faltarle un pedazo de pan.»

Y, sin embargo, las hiladoras deben hilar, y los telares tejer, y las minas excavar, y cultivarse los campos; mas al ver al que fabrica las telas harapiento, al que soterra la hulla aterido de frío, y al que siembra y cosecha los granos muertos de hambre, ¿no nos ocurre preguntar entre sorprendidos é indignados: «Es esto civilización?» ¿Y en qué países se practican en mayor escala estas repugnantes contradicciones, esta negación práctica de los principios más esenciales de humanidad y progreso? Precisamente en los que más alardean de adelanto material; en los que se tienen por más cultos: en los países protestantes. Y ¿en dónde no muere el pueblo de hambre y de frío; y las familias viven en casas, como seres humanos; y aun los mendigos gozan, al igual que los aristócratas, la más sublime dicha que el hombre puede experimentar en vida, y sobre todo en la hora de la muerte, mediante el conocimiento y consoladora práctica de su divina religión? Pues todo esto sucede en los países á quienes más se moteja de retrógrados, obscurantistas y estólidamente ajenos á los triunfos de la Edad moderna; es decir, en los países católicos.

La economía política, horrorizada ante la pérdida del bienestar popular, acaecida en estos últimos tiempos, ha indagado su causa, y, por fin, la ha encontrado en la organización del sistema industrial. Cuánto trabajo de zapa no ha debido preceder á la implantación de semejante sistema, y qué espantosa desmoralización de las masas no supone la aceptación y paciente sufrimiento de tanta injusticia, puntos son éstos que jamás llegarán á comprender los economistas. No; el pueblo no entregaría voluntariamente su alma y cuerpo á ominosa servidumbre, ni habría en el mundo tiranos poderosos á reducirle á tan lamentable estado, si antes no hubieran desaparecido de las conciencias las más rudimentarias nociones de dignidad y felicidad humanas; si antes no se hubiesen negado y pisoteado los más inviolables derechos de Dios y del hombre.

A la proclamación y defensa de estos sacrosantos derechos se han enderezado en todo tiempo los afanes del Catolicismo; y dondequiera que esta sagrada religión ha tenido autoridad suficiente

para implantar y hacer aceptar sus doctrinas de orden social, allí vemos al punto un pueblo verdaderamente libre y feliz.

El Catolicismo perdió su antiguo poder en Inglaterra; nuestros lectores conocen ya las consecuencias inmediatas de este hecho: la pérdida del bienestar popular. De la misma manera en las demás naciones; según que la Iglesia romana ha ido perdiendo su influencia y ganándola el Liberalismo, según que la vida social y teorías económicas netamente cristianas han sido reemplazadas por el moderno sistema industrial anticristiano, ha ido proporcionalmente desapareciendo la dicha de las naciones, y los pueblos han sufrido las calamidades que forman el séquito forzoso de nuestra moderna civilización, basada sobre el falso principio de buscar primero el reino de este mundo y su gloria, dejando completamente olvidado el reino de Dios y su justicia.

Y esto debe suceder así necesariamente. Porque el ideal de la por antítesis llamada civilización, inaugurada por el Protestantismo y desmenuada por el Liberalismo, no puede realizarse sino con esos sistemas industriales que hacen del obrero un esclavo que vende su trabajo, no por su valor real, ni siquiera por el del artículo que fabrica, sino por el que la codicia de un amo sin entrañas le señala, y él se ve precisado á aceptar, constreñido por el hambre, frío y desnudez que amenazan á su mujer y á sus hijos. Explotado de tan brutal manera el obrero, y convertido desde la madrugada hasta la noche en una simple máquina humana, su vida de familia desaparece por completo, y con ella los gozos más íntimos y nobles. Oigamos sobre el particular á dos ilustres dignidades de la Iglesia romana, el Cardenal inglés Manning y el Obispo americano Spalding, ambos incansables adalides de los derechos de las clases obreras. Dice así el Cardenal:

«Si la vida doméstica es de una trascendencia suma; si la paz y pureza de la familia, la educación de los hijos, los deberes de madre y esposa y de padre y esposo, están imperiosamente prescritos por el derecho natural, y son más sagrados y preciosos que cuantos artículos se presentan en un mercado, ¿puede la ley permitir que arbitraria é injustamente, en un precio bajísimo, se compren los brazos é inteligencia de un hombre, y juntamente se destruya la vida doméstica, se abandone la educación de los hijos, se conviertan las madres en máquinas vivientes, y los padres en esclavos del trabajo, sin otra interrupción que el tiempo preciso para tomar un escaso alimento y un corto sueño? Es pre-

ciso desandar este peligroso camino. Las cosas no pueden ir así; las cosas no deben ir así. Debe fijarse un límite á la acumulación de riquezas en manos de determinada clase y de contados individuos. El bienestar común no puede asentarse sobre estas bases.»

(*Characteristics.*)

El Obispo Spalding se expresa del modo siguiente:

«El obrero es hoy en día un complemento de la máquina. Su trabajo requiere poco aprendizaje y menos habilidad: y por lo mismo que es tan fácil, siempre abundan quienes lo puedan hacer; con lo que los jornales abaratan hasta ser lo puramente preciso para no morir de hambre. Si por cualquier causa deja un día de trabajar, queda convertido en un pordiosero, y un enjambre de pretendientes solicitará ocupar el vacío que queda en el taller.

La evolución social ha creado una nueva especie de seres, una raza de hombres-máquinas destinada á ser parte integrante de las enormes maquinarias que transforman el mundo. Esta raza singular forma un pueblo aparte que no ha reconocido igual, ni aun siquiera en el mundo pagano. Tienen el nombre de libres; pero en realidad son esclavos: fabrican lujosísimas joyas y ellos visten andrajos; trabajan en verdaderos palacios y viven en chozas ó cuchitriles. Su trabajo es por demás penoso é insalubre, y sin embargo, el salario no alcanza á sustentar á sus esposas é hijos. Cuando la enfermedad ó la vejez los inutiliza, arrójanlos á la calle ó á un hospital. ¡Y el capitalista que así ha chupado la sangre del pobre, pasa ante el mundo como persona honrada!

Uno de los males más graves que afligen á las ciudades industriales es la disolución de la vida de familia. ¿Qué vida de familia pueden hacer, si muchos infelices ni aun casa tienen en que poder vivir? ¡Ni una casita que hayan heredado de sus mayores, y esperen legar á sus hijos, santificada con los recuerdos del pasado y los encantos del presente! Su habitación es, cuando más, un cuarto arrendado en algún barrio ó callejuela desviada, donde viven confundidos en espantosa mescolanza y respirando un aire viciado y corrompido, no menos química que moralmente, la niñez y la ancianidad, la inocencia y el vicio, la virtud y el crimen. Los niños asfixiados en aquella atmósfera deletérea corren á la calle no bien asoma la aurora; y los charcos de las aceras ó las plazas donde ven y oyen lo poco bueno y mucho malo que

allí pasa, son las escuelas donde reciben la educación que el día de mañana los haga miembros útiles de la sociedad.» (*Mission of the Irish race.*)

Oigamos ahora otra voz, salida del centro de ese gran poder protestante, Alemania. El Dr. Engel, Director de la Real Sociedad Estadística de Berlín, nos dice:

«Los estadistas más afamados y otras personas de las más autorizadas en la materia, han dado ya su juicio sobre el moderno sistema industrial, y han dicho de él, que es el sacrificio del ser humano al capital; la consunción del hombre, ya por el gasto de sus fuerzas individuales, ya por la debilitación de generaciones enteras, por la disolución de la familia y la ruina de la moralidad: males todos que han traído á la sociedad al borde de una espantosa catástrofe.»

¿Puede el Protestantismo declinar la responsabilidad de haber traído al mundo civilizado á tan inminente peligro? Pues ¿no es él quien sin cesar ha colmado de elogios las aparatosas ostentaciones de prosperidad meramente material; quien se jacta de haber encauzado las corrientes sociales en la dirección que ahora llevan? ¿No reprocha al Catolicismo de servir de rémora al triunfante carro del moderno progreso?

¡Ah! La diferencia existente entre lo que es hoy el moderno sistema industrial, hijo del Protestantismo y Liberalismo; y lo que hubiera sido bajo la influencia predominante del Catolicismo, no consiste ciertamente en el desarrollo y adelanto mayor ó menor que en uno ú otro caso pudiera adquirir, sino en el carácter de los principios sobre que se hubiera fundado en una ú otra hipótesis. El principio fundamental del moderno sistema laico es la ganancia; pura y simplemente la ganancia. Pasa ya por axioma que ni las necesidades morales y sociales de los obreros, ni las calamidades generales que á veces afligen á los consumidores, tienen derecho á disminuir en un centavo el producto total del rendimiento. De ahí el que el capitalista contrate directamente los trabajadores, y directamente venda los objetos preparados ya para el consumo; el que compre las materias primas en el mercado más barato y exporte al más caro sus artefactos.

Con la mira puesta exclusivamente en el lucro, hácese uso del poder financiero para dominar en las plazas comerciales, y se procura que donde se venden los objetos de segunda mano sea siempre el abastecimiento inferior ó igual al consumo, con lo que

los precios habrán de mantenerse subidos; mientras que, por el contrario, se hace que las materias primas estén siempre en exceso y se pueda comprarlas á la baja. A lo mismo tiende esa absorbente centralización comercial é industrial, la formación de poderosas Compañías, ó *trusts*, como hoy se dice con término corriente, las cuales, acaparándose toda una industria ó la venta de un artículo, consiguen que, tanto obreros como consumidores, estén á merced de unos cuantos monopolizadores que procurarán sacar el mayor partido posible de su ventajosa situación.

Siguiendo el rastro del progreso laico, tras de los *trusts* nos encontramos con los sindicatos, entre cuyas garras vienen á parar inmensas extensiones de terreno, arruinando de este modo á los pequeños propietarios, y poniendo á disposición de unos pocos accionistas á la clase agrícola entera. Si seguimos por el camino que hasta aquí llevamos, llegará un término en que comercio, industria y agricultura vengan á parar á manos de unos pocos, que forzosamente habrán de hacerse *muy ricos*; mientras que el resto de la humanidad proporcionalmente se hará *muy pobre*. Y si la Divina Providencia, ó alguna revolución social que cambie la faz del mundo, no pone un término á tantas injusticias, el resultado lógico y natural de esta inhumana explotación será el convertir al género humano en esclavo de la vil y rastrera plutocracia; el más indigno é insoportable de todos los tiranos.

El sistema industrial católico admite, sí, el interés y el lucro como un motivo legítimo y aun necesario para estimular la actividad del hombre; pero en ninguna manera hace de él la razón suprema que deba gobernar las relaciones del capitalista con los obreros ó los consumidores. El engrandecimiento de un cierto número de personas ó de determinada clase á expensas de la colectividad, es del todo contrario al espíritu del cristianismo. El derecho á adquirir riquezas no es tan sagrado, que á ningún otro deba ceder; ni su adquisición un bien tan precioso que nada más haya que apetecer. Es de más valor, y por tanto más deseable, el cumplimiento de los deberes de caridad y justicia para con el prójimo, que la razón nos dicta y el Evangelio nos prescribe. ¿Cuál es el orden social que el catolicismo tiende á realizar? El asegurar la felicidad al mayor número. ¿Con qué medios cuenta para asegurar la realización de este fin? «Haz con otros lo que desearías se hiciera contigo.» Esta es su norma de justi-

cia. «Ama al prójimo como á ti mismo.» Esta es su norma de caridad.

Si el mundo estuviera bien imbuido en estas máximas de justicia y caridad, no se haría el fabricante el siguiente cálculo: «¿Cómo puedo yo arreglarme para pagar lo menos posible á mis jornaleros, y cobrar lo más posible á mis clientes?» Sino que más bien se echaría esta cuenta: «¿Cuánto puedo aumentar los jornales y rebajar los precios, de modo que me quede todavía un producto líquido, honesto y razonable?»

Saltan á la vista los resultados que se seguirían de semejante conducta. Habría una relativa igualdad de clases, tan necesaria para la conservación de la sociedad; las fortunas serían moderadas; desaparecerían á la vez la plutocracia y el pauperismo; no habría ocasión para esos violentos alzamientos del Trabajo contra el Capital; y, por último, el Socialismo y Anarquismo se harían imposibles. Si no con absoluta perfección, que en lo humano es punto menos que imposible, al menos, sí, con grandes ventajas, se ha visto realizado este orden de vida social dondequiera que el Catolicismo, libre de trabas, ha hecho sentir sus benéficas influencias. Dígalo la católica Inglaterra, la católica Alemania, la Italia, Francia y España de siglos pasados.

¡Ah, cuán ciegos están los pueblos para conocer la verdadera causa de sus infortunios y para distinguir al que de verdad es su amigo, de quien no lo es más que de nombre! La Iglesia católica jamás ha dicho palabra ó realizado acto que ni á mil leguas tendiera á coartar los legítimos derechos ó perjudicar los verdaderos intereses de las clases pobres. Tanto es así, que los anarquistas, en sus impíos atentados contra toda autoridad, y los socialistas, en sus locos ataques contra todo derecho de propiedad, alegan blasfemamente la autoridad de la Esposa de Jesucristo, interpretando su amor hacia las clases necesitadas como una aprobación implícita de criminales desvarios, tan perjudiciales, si ya no más, para los pobres que para los ricos. Pero no, no son los derechos del motín ó de la dinamita los que la Iglesia ha patrocinado. Hoy, como ayer y como siempre, su doctrina, fundada sobre la legalidad y la justicia, es la misma: la que se halla contenida en la Encíclica *Rerum Novarum*, que sobre la condición de los obreros escribió hace pocos años el actual Pontífice León XIII.

En este importantísimo documento, después de señalarse las causas productoras de los graves males que hoy afligen al

mundo, se indican los remedios que se deben aplicar. Dice así el Papa:

«Si prevalecen los preceptos de la ley cristiana, ambas clases, capitalistas y proletarios, ricos y pobres, estarán unidos no sólo con los lazos de la amistad, sino también con los del amor fraternal. Porque, de este modo, entenderán y sentirán que todos los hombres son hijos de un Padre común, que es Dios; están destinados á un mismo fin, que es la posesión de Dios mismo, único objeto que puede hacer la felicidad de hombres y ángeles; están redimidos por la sangre de Jesucristo y elevados á la dignidad de hijos de Dios, uniendo, por lo tanto, lazos fraternales á los hombres todos entre sí y á los hombres con Jesucristo, *el primogénito de todos los hermanos*. Si la sociedad busca algún remedio á su mal, no le hallará sino en la vuelta á las prácticas é instituciones del Cristianismo.»

No es posible seguir copiando más de esta hermosa Encíclica, que, ciertamente, no contiene la proclamación de alguna doctrina nueva, sino una repetición é inculcación de la que en todos tiempos se ha enseñado en la Iglesia romana. Ni pára esta enseñanza en una brillante teoría, sino que también cuenta con medios para llevarla á la práctica.

¿Y cuáles son ellos? ¿Acaso la fuerza de las armas, las algaradas del motín, ó las incendiarias arengas á una multitud desesperada? Todos estos imaginados medios, lejos de mejorar la situación, sólo sirven para empeorarla (1). La única esperanza de salvación está en que se proclamen y extiendan sanos y verdaderos principios de una vida social fuerte y vigorosa, y en que los aplique á la práctica una fuerza moral capaz de afrontar la mag-

(1) De un estudio sobre las huelgas hecho por Mr. Carrol Wright, entresacamos estos datos. En 1889 las huelgas fueron 471, y 120.000 el número de huelguistas; dos años después, en 1891, habían subido las primeras á 1.411, y los segundos, poco más ó menos, á 500.000. La cesación del trabajo produjo á los obreros durante estos dos años una pérdida total de 260 millones de francos, ó sea 200 francos por cabeza. Eso sin contar los 17 millones empleados en sostener la huelga, salidos también del bolsillo de los obreros. Los patronos, á su vez, sufrieron una pérdida de 150 millones de francos, que, sumados con lo perdido por los proletarios, forman una pérdida de 400 millones para el mundo del trabajo.

nitud de la obra; empresa superior á todo otro poder sobre la tierra que no sea el de la Iglesia católica.

En el número correspondiente al 10 de Mayo de 1894, publicó el periódico *Independent*, órgano del Protestantismo, un artículo muy notable, intitulado «Religión en América.» Está firmado por un japonés, Profesor de la Universidad de Tokio. La única forma de cristianismo que conoce es la protestante: y comparándola con las enseñanzas del Evangelio, hace las siguientes observaciones:

«Hay entre ellos muchas personas que mueren de hambre ó se suicidan por no tener que comer, aun en los años de cosechas buenas. El mundo es rico, y los trabajadores pobres. La civilización progresa, pero no aumenta la misericordia con el necesitado. El Evangelio se predica y los obreros no pueden oírle. ¡Ah! Las palabras *Bienaventurados los pobres* y *Los pobres son evangelizados*, ya no son verdad, ya sólo sirven para amplificaciones oratorias en el púlpito. Aun se dan casos en que las puertas del templo cristiano se cierran para el pobre. El resultado de la Reforma, llevada á cabo en el siglo XVI, ha sido la sustitución de una superstición por otra: á la infalibilidad papal ha sucedido la infalibilidad bíblica; y el hacer Jefe de la Iglesia al que lo es del Estado, ha dado lugar á la creación de muchos Papas en vez de uno que había antes.»

Á las claras se ve que el Profesor Ukita conoce poco de la historia del Catolicismo, y menos de su espíritu. Sin embargo, ha llegado á su conocimiento la Encíclica del Papa á favor de las clases proletarias, y este acto de justicia y caridad cristianas le inspira las siguientes reflexiones:

«En un tiempo en que el mundo metalizado está completamente sometido al dinero; cuando á las clases bajas se les incita á rebelarse contra la Iglesia de Jesucristo, el actual Romano Pontífice ha declarado á la faz del mundo cuál es la divina misión de la Iglesia católica en las presentes circunstancias. Es, según la autorizada palabra de su Jefe en la tierra, proteger al débil contra los ataques de la opresión... Es ponerse de lado del pobre, del humilde, del faltó de apoyo; es decir, de aquellos que fueron los preferidos y predilectos de Nuestro Señor... ¡Cuán divinas son estas palabras! Si el mismo Dios encarnase de nuevo é hiciese al terminar el siglo XIX una nueva revelación, ciertamente no se expresaría de otro modo. No hay exageración en decir que se-

mejante acto es una manifestación viviente de Dios sobre la tierra.»

Si la gracia de Dios ilumina los ojos del Profesor japonés para descubrir la verdadera *manifestación viviente de Dios*, en la única Iglesia de Jesucristo por divina fundación establecida y por divino influjo gobernada, comprenderá mejor cuál es la fuente misteriosa y sobrenatural de donde proceden esas doctrinas que le han impresionado tan profundamente como si escuchara el lenguaje del mismo Dios.

CAPÍTULO XI

EL CATOLICISMO Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS

Los escritores anticatólicos en general, imbuidos en los prejuicios del vulgo ignorante, consideran como verdad axiomática que la libertad nació con la Reforma. La Iglesia reformada pasa por sinónimo de *libertad*, y la Iglesia secular romana vale tanto como *despotismo*. Este es el argumento Aquiles que en nuestro país se aduce contra el Catolicismo: el de que si llegara á ejercer influencia y predominar, desaparecerían nuestras instituciones libres, y la nación caería en esclavitud política y espiritual. Propongo aclarar esta cuestión, valiéndome para ello únicamente de la autoridad de los escritores protestantes más afamados. Si sus obras fuesen más leídas, á buen seguro que no pasarían por valederas algunas opiniones corrientes hoy entre el vulgo de los semi-ilustrados, y aun entre buen número de los que se llaman sabios. Vamos, pues, á citar, de los historiadores y sociólogos protestantes más en boga, alguno que otro testimonio de los innumerables que de sus obras pudiéramos entresacar, y con ellos demostraremos cuán legítimos son los títulos que á la Iglesia católica asisten para ser llamada madre, protectora y guía de toda clase de libertades verdaderas, de que una civilización cristiana puede gloriarse.

Abolición de la esclavitud

Si los calumniadores de la Iglesia, cuando la acusan de ser el enemigo más declarado de la libertad, abriesen las páginas de la Historia, se encontrarían en ella con un hecho estupendo, capaz